

El partido dominante en la historia europea del siglo XX

SALVO MASTELLOME

El estudio sociológico de los partidos políticos tuvo su inicio en 1903, con la publicación de la obra de M. Ostrogorski, «*La démocratie et l'organisation des partis politiques*» (París, 1903). Ostrogorski tenía presente la política inglesa y americana para demostrar que los partidos organizados inicialmente como intereses de grupo habían modificado sus estructuras para adecuarse a las consecuencias sociales producidas por la generalización del derecho de voto.

Habiendo cambiado las relaciones entre sociedad y partidos, y habiendo entrado en crisis las viejas jerarquías, la «*organización metódica de las masas electorales*» se había transformado en la preocupación permanente de los partidos políticos. Los cuadros directivos de los partidos mediante las reuniones políticas, los órganos de prensa, la propaganda capilar, debían dar a conocer las directrices políticas y educar al cuerpo electoral. Se había convertido necesaria, tanto en los partidos conservadores como en los partidos liberales, una «organización central», denominada *caucus*, que tenía la función de fijar la línea política, elegir a los candidatos, obtener el consenso de los electores.

Los estudios de carácter sociológico después de 1903, se extendieron a los partidos obreros para analizar la composición social de los inscritos y el comportamiento de los órganos directivos. ¿Tenían verdaderamente una finalidad democrática los partidos que se autodefinían democráticos? A éste interrogante intentó responder Robert Michels con el estudio de *Sociología del Partido Político en la Democracia Moderna*, publicado en alemán en 1911 y reeditado en italiano en 1912.

Para Michels, la democracia con forma política de convivencia plural, se encontraba «en medio de una crisis», por el nacimiento de partidos po-

líticos que no respetaban en su interior las reglas democráticas; esta tendencia a la oligarquía se notaba incluso en los partidos que se proclamaban demócratas.

Los partidos socialistas presentaban siempre un programa de liberación del juego de una minoría burguesa, pero en su funcionamiento interno recurrían a una estricta praxis oligárquica.

Según Michels, todos «los agregados políticos» mantenían «tendencias oligárquicas». Declaraban querer respetar los resultados de las consultas populares y su voluntad de atenerse a las reglas de la democracia parlamentaria, pero cualquier comité trataba de imponerse como grupo político dirigente. La forma política externa sobre la que se basaba la vida de los partidos engañaba a los observadores superficiales: «la tendencia a la oligarquía» minaba a todos los partidos políticos como consecuencia de las «relaciones de dependencia» que hacían «imposible la existencia de una democracia liberal». Michels ya había establecido en un ensayo titulado *La Democracia y la Ley de hierro de la Oligarquía*, publicado en alemán en 1908 y en italiano en 1909, que la organización de los partidos llevaba a la oligarquía, o sea, a la ideología bonapartista porque los representantes de los partidos, una vez en el parlamento, en su trabajo legislativo se alejaban de los electores y olvidaban la relación entre votantes y elegidos.

La atención de Michels en la *Sociología del Partido Político* estaba localizada en el partido socialista, que se declaraba «democrático» y criticaba a las fuerzas políticas burguesas por monopolizar la vida política del país, pero en la práctica se caracterizaba por la inamovilidad de sus dirigentes.

Los miembros del Comité Central, no sólo imponían una autoritaria disciplina de partido sobre la masa de los inscritos, sino que constituían una dirección oligárquica que evitaba todo recambio en los cargos, justificando el inmovilismo en nombre de la lucha de clases que debía conducir a la victoria del proletariado sobre la burguesía capitalista. La «dirección» democrática alemana insistía mucho en la emancipación de la clase obrera, pero se preocupaba sobre todo de encuadrar a las masas más que de prepararlas para una participación política consciente.

Michels asociaba la responsabilidad de la organización oligárquica a la naturaleza del sistema representativo, en efecto el parlamentarismo reclamaba cada vez más un mayor número de votos para un partido y una mayor organización de los inscritos, con la consecuencia de que se formaban minorías que defendían encarnizadamente su propio «liderazgo».

Con esta manifestación polémica Michels retomaba las críticas realizadas en todos los países europeos al sistema representativo parlamentario incapaz de resolver por su ineficacia los problemas socioeconómicos. El sistema representativo, que se identificaba con la democracia parlamentaria, se regía por la preponderancia gubernativa de *un* partido vencedor en las elecciones, constantemente atacado por una oposición organizada (Inglaterra), o en el prevailecimiento de *varios* partidos coaligados para obtener

la mayoría en las votaciones parlamentarias (Francia). En uno y otro caso el sistema parlamentario dejando vía libre al debate y a las votaciones manipulaba cualquier decisión y acababa favoreciendo con permanentes compromisos privados y perdiendo de vista el interés general del país.

El estallido de la guerra en 1914 agravó el funcionamiento del sistema parlamentario. El tiempo de guerra exigía una organización centralizada de la máquina productiva y un conjunto de decisiones administrativas para afrontar los acontecimientos bélicos. Al final de las hostilidades, con la caída del Imperio ruso, del Imperio alemán y del Imperio austrohúngaro, fueron adoptados en la Europa centro-oriental, ordenamientos parlamentarios. Pero ni los viejos sistemas representativos de la Europa Occidental, ni los nuevos ordenamientos parlamentarios parecían estar en condiciones de permitir gobernar con coherencia la transición del tiempo de guerra al tiempo de paz. Las críticas al parlamentarismo se multiplicaron, y se difundió una literatura de oposición a la práctica de la representación electoral. Muchos escritores políticos, entre los que se encuentra Oswald Spengler, afirmaron abiertamente que «la época parlamentaria había acabado y que sus formas de gobierno ni eran eficaces ni estaban a la altura de los tiempos».

Algunos viejos parlamentarios, no obstante, tras numerosas agitaciones populares, creyeron posible restablecer una cierta estabilidad política en el interior de los parlamentos, recurriendo a la práctica italiana del «transformismo», esto es asegurar al gobierno una mayoría parlamentaria basada en la adhesión de individuos y de grupos, con la promesa de obtener ventajas inmediatas y sectoriales. Pero la presencia en el parlamento de partidos de masas impedía aplicar la vieja práctica del paso de hombres políticos de un sector a otro por motivos ocasionales. Entonces se habló con insistencia de la oportunidad de constituir un «partido» que fuese «dominante» en el parlamento y en el país para volver a dar estabilidad gubernativa a la vida política surgida de los graves acontecimientos bélicos de 1914-1918.

Giovanni Sartori en el volumen *Teoría de los partidos y el caso italiano* (Milán, 1982) define tipológicamente el partido dominante. El sistema de partido dominante es, según Sartori, un sistema pluralista, en el cual otros partidos pueden subsistir y ser antagonistas efectivos del partido dominante. El predominio de un partido deriva fundamentalmente del hecho de que el partido viene siendo votado continuamente por la mayoría del electorado. Pero Sartori no da referencias históricas ni añade otras consideraciones. Hay muchas referencias en el volumen de T. J. Pempel sobre *Los regimenes con un partido dominante* (Fondo de Cultura, México, 1991) en la segunda mitad del xx.

En Europa se habló de «partido dominante» sobre todo al final de la Primera Guerra Mundial. El adjetivo «dominante» usado en francés, en inglés y en italiano derivaba conceptualmente del sustantivo alemán «Herrs-

haft», o sea dominio, supremacía. Marx había entendido la «Herrschaft» como dominio político-social ejercido por el proletariado; Treitschke había asignado al gobierno una función «herrschende» (dominante) en la vida política; Kautsky clamaba por la «Herrschaft des Masse» a realizar por medio del partido obrero; pero tras el fin de la guerra se pensó en un partido fuerte capaz de afirmarse en el país como asociación dominante y de imponerse en las decisiones del poder legislativo.

La experiencia de la guerra enseñaba que la victoria militar estaba condicionada a las decisiones de un jefe; de un jefe decidido tenía necesidad un partido si quería llegar a ser un partido «dominante». En una situación ideológicamente confusa un jefe «carismático» habría podido «poner las cosas en su sitio». Esta exigencia encontraba respaldo en el análisis del poder carismático hecho por Weber en su obra *Wirtschaft und Gesellschaft*. A la propuesta de un partido «dominante» está conectada la idea de un jefe «carismático». Dirigido por un líder «enérgico», el «partido dominante» se transformaría en el guía del país pese a la presencia de otros partidos.

En un sistema de «partido dominante» el jefe carismático estaría apoyado en su actividad por un Comité central concordante que trasladaría las directivas a los «delegados» presentes en el parlamento y a los «ministros» en el gobierno. En las consultas populares la dirección del partido dominante elegiría los candidatos que deberían votar los electores. Se auspiciaba una nueva estrategia política para asumir una posición dominante en el parlamento y en el país; a tal fin se recurría a una ideología para convencer a las masas y a una organización para encuadrarlas en el partido.

Hablaban de «partido dominante» en Italia tanto los socialistas como los nacionalistas, dos movimientos de masas, que estaban de acuerdo en la necesidad de un modo de gobernar para salir de la crisis del parlamentarismo, agravada durante los años de guerra.

Los socialistas, fundándose en la autoridad de Marx, sostenían que las instituciones representativas de centros de «discusión» debían transformarse en organismos de «trabajo»; el trabajo tendría carácter ejecutivo y legislativo al mismo tiempo; los diputados serían delegados de los trabajadores y buscarían el bien común de todos los trabajadores, o sea de las fuerzas productivas del país; los servicios públicos serían desempeñados por funcionarios honestos y retribuidos; un partido «dominante» de los trabajadores habría podido realizar una democracia proletaria, representativa, pero no parlamentaria.

Desde el lugar opuesto los nacionalistas pensaban en un partido formado por quienes creían en la dignidad de la patria. Los ciudadanos de una nación debían estar representados no por diputados egoístas y corrompidos sino por miembros de corporaciones, de asociaciones, de ligas. Debían ser llamados a gobernar, no los elegidos por votantes anónimos, sino los representantes de intereses profesionales. Las líneas directivas de

la política estarían señaladas por el partido nacional, que pondría fin a las equívocas coaliciones parlamentarias. Sólo un partido nacional «dominante» en el país y en el parlamento podría hacer prevalecer el interés de la patria.

Los socialistas creían que, habiendo difundido la guerra una profunda conciencia de clase ellos podrían conquistar el poder con el apoyo de las masas trabajadoras e imponer al país el partido dominante socialista. Los nacionalistas, por otra parte, se presentaban como los defensores del orden civil y contaban con el apoyo de las minorías y el consenso del ejército para afirmarse como partido dominante. En uno y en otro caso se negaba la confianza a la democracia parlamentaria, calificada de régimen burgués, egoísta e ineficaz. La crítica al parlamentarismo y al sistema de partidos viene a ser un lugar común en los sectores políticos de izquierdas y en los ambientes intelectuales de derechas: la formación de un «partido dominante» habría permitido una mejor gestión del poder.

Los socialistas se volvían hacia los obreros y campesinos que formaban parte de la clase más abundante numéricamente y que eran golpeados por la injusticia social y el desastre económico. Los nacionalistas se volvían a todos los estratos sociales en nombre del amor a la patria y de las tradiciones nacionales para crear un movimiento popular nacional. Socialistas y nacionalistas invocaban una «revolución» de la política, que no podía ser el resultado de un acuerdo parlamentario, o de un entendimiento entre grupos políticos.

La clásica tipología de las formas de gobierno: «monarquía», «aristocracia» y «democracia» era sustituida por otra tipología: gobierno de alternancia, gobierno de coalición y gobierno con partido dominante. Con dos partidos se imponía la alternancia en el gobierno; con más partidos era precisa una coalición para constituir una mayoría parlamentaria; pero si un partido se afirmaba en el país como partido dominante, quedaba asegurada la estabilidad política durante un largo período. Estaba claro que con un gobierno de «partido dominante» la gestión pública estaría confiada a los miembros del «partido dominante» y como consecuencia la función del parlamento vendría a ser políticamente secundaria.

Michels había hablado de grupo oligárquico en el interior del partido político y su análisis había encontrado un gran consenso. La *Sociología del Partido Político*, además de recensionada y discutida, fue traducida al francés por S. Jankélévith con el título de *Los partidos políticos: ensayos sobre las tendencias oligárquicas de las democracias* (París, 1914); fue traducida al inglés en 1915 y reeditada en italiano en 1924.

En el «prefacio» a la segunda edición italiana (Turín, 1924) Michels escribía: «han nacido de la Guerra dos partidos que han adquirido una gran influencia en la suerte del género humano, el partido bolchevique y el fascista». En el «prefacio» a la segunda edición alemana (Turín-Basilea, 1924) precisaba: «dos grandes movimientos de partido están ac-

tualmente en ascenso: el bolchevismo y el fascismo. El bolchevismo pone de relieve con vistas a las exigencias de la gran industria pesada, la subordinación a uno solo, y en cuanto a la política llamada socialista, el predominio de los pocos socialistas conscientes sobre las masas todavía débiles e inmaduras. El fascismo, por su parte, también desde un punto de vista teórico, es decididamente antidemocrático y mantiene un profundo desprecio por el sistema parlamentario. Su dirigente, Benito Mussolini está a la cabeza de un partido *dominante* constituido por millones de personas».

Michels había tomado el concepto de «clase política» dominante de Gaetano Mosca para acuñar el concepto de «partido político» dominante; en efecto, contra «el agregado» que detentaba la mayoría en el parlamento, un partido penetrado «de un espíritu de disciplina rigurosa y actuando bajo la dirección de un jefe supremo de gran habilidad estratégica» tendía a desalojar del gobierno al partido que detentaba el poder. El término «dominante» había estado presente en el lenguaje sociológico de Michels, aunque fundamentalmente referido a la «clase dominante», pero en 1924 escribiendo el prefacio a la segunda edición alemana se dio cuenta de que los nuevos «movimientos» surgidos de la guerra, el bolchevismo y el fascismo, tenían «en sus manos el poder del Estado» y por tanto eran «partidos transformados en Estados». Había estudiado «la estructura del partido hasta las vísperas de una eventual conquista del poder», pero en 1924 el partido dominante bolchevique tenía en sus manos el poder del Estado y se había transformado en «partido único», mientras el partido dominante fascista se preparaba para ser «partido-Estado».

Los liberales afirmaban que el «partido dominante» llevaba al «bonapartismo» y a la «dictadura», pero no hay que olvidar la polémica de Antonio Gramsci en la que avanzó la hipótesis de un partido «nuevo príncipe» con carácter liberador.

Es oportuno detenerse en el paso del «partido dominante» al «partido único», como hecho histórico europeo, también porque los politólogos que recientemente se han ocupado del «partido dominante» en la segunda mitad del siglo xx, como Ariel Dente y Sidney Larrow (*The Legitimation of Excluded Parties in Dominant System*, en «Comparative Politics», 1983, pp. 295-327) tienden a confundir el «partido dominante» que tiende a la «monocracia» con el «partido gobernante».

En Praga en 1912 en la conferencia del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, la corriente mayoritaria, o sea el ala bolchevique se separó definitivamente del ala minoritaria o menchevique. Lenin mantuvo siempre que representaba a la mayoría de la clase obrera. En nombre de esta mayoría se pronuncia en agosto-septiembre de 1917, contra los grupos políticos minoritarios, los socialchauvinistas, socialdemócratas, socialistas revolucionarios y anarquistas, en el texto titulado *El Estado y la Revolución*

y preparó como dirigente del partido bolchevique la insurrección de octubre de 1917.

En enero de 1918 Lenin decide la clausura de la Asamblea Constituyente porque es expresión del parlamentarismo burgués, y reivindica para el partido bolchevique una función hegemónica que permita transformarse al proletariado en «clase dominante». En el trienio 1918-1921, el partido bolchevique de mayoría absoluta, con tendencia hegemónica, va afirmándose como partido único. El partido bolchevique, transformado en partido comunista, empeñado en construir el estado socialista y en realizar la dictadura del proletariado contra la burguesía, no podía tolerar las desviaciones sindicalistas y anarquistas, en su interior y en el país. Fue el mismo Lenin el que declaró que, siendo el partido comunista bolchevique la vanguardia del proletariado y la parte más progresista de la sociedad, se justificaba plenamente la «dictadura de un sólo partido».

El paso de la «policracia» a la «monocracia» encontró no pocas oposiciones; se impidió que en el interior del partido comunista soviético se constituyesen grupos con una plataforma programática que pusieran en peligro la unidad del partido «hegemónico». En marzo de 1921, en el Congreso del partido comunista bolchevique, no sólo es afirmada la unidad del partido, sino que es puesta fuera de la ley cualquier forma del pluralismo; el partido comunista bolchevique se ha convertido en «el único partido».

Las graves amenazas internas y externas, el miedo a una contrarrevolución apoyada por potencias extranjeras, la débil consistencia doctrinal de los opositores, favorecieron la tendencia del partido comunista bolchevique a centralizar el poder y a transformarse de «partido dominante», tal como era en 1918, en «partido único».

En 1921, en Italia, se fundaron dos nuevos partidos: el Partido Comunista Italiano (PCI) y el Partido Nacional Fascista (PNF). El Partido comunista italiano, separándose del Partido socialista que estaba más inclinado a los compromisos reformistas, observó la revolución del proletariado ruso y pretendió someter la naciente industria italiana a los consejos de fábrica de tipo soviético.

El «movimiento» nacional de los fascios, transformándose en «partido» nacional fascista, pretendía traer «el orden» al país, al parlamento, a la economía, pero para actuar se preocupó de organizar a sus afiliados según criterios militares, tan queridos por quienes habían participado en la guerra. El sistema político italiano era de tipo liberal democrático, habiendo sido adoptado el sistema de escrutinio por listas y la representación proporcional, se habían multiplicado los pequeños partidos y resultaba más difícil crear mayorías parlamentarias estables. Contra el peligro de la «parálisis parlamentaria» se auspició un «orden nuevo».

El 28 de octubre de 1922 el «Duce» de las «escuadras de combate» del Partido nacional fascista, Benito Mussolini, promueve una «marcha sobre Roma», y obtiene del rey Vittorio Emanuele III, jefe del Estado, el en-

cargo de formar un nuevo gobierno. En el nuevo gobierno entraron fascistas y nacionalistas, liberales y demócratas, laicos y católicos. Presentándose en la Cámara de los diputados recibieron 906 votos favorables frente a 106 contrarios. En la nueva situación de gobierno las «escuadras de combate» fueron transformadas en «milicias voluntarias para la seguridad nacional» y los poderes «jerárquicos» en el partido fueron asumidos por el «Duce»; el colaborador más estrecho del «Duce» debía ser el secretario general del partido.

Con el voto ampliamente favorable de la Cámara y con la entrada en masa en el Partido fascista de las organizaciones nacionalistas, Mussolini se transforma en el jefe del «partido dominante» en Italia.

En la circular enviada a los preceptos el 13 de junio de 1923, reproducida por Renzo de Felice en el volumen *Mussolini il fascista* (Turín, 1966), Mussolini afirmaba que el fascismo era el «partido dominante» porque «representaba la totalidad del país con la mayoría segura de la Cámara». Algunos como Enrico Presutti, reprocharon al «Partido dominante fascista que violase el tradicional principio de la separación entre la esfera ejecutiva y burocrática, y no respetar el funcionamiento de las instituciones parlamentarias». Giovanni Amendola en el volumen *La Democrazia* (1924) acusaba al «partido dominante» de querer identificarse con la nación y de actuar contra la soberanía parlamentaria como «Estado-partido»; como oposición al partido dominante fascista proponía constituir una «concentración dominante». En 1924 Guglielmo Ferrero en un ensayo sobre *La democrazia en Italia*, afirmaba que el fascismo «con la pretensión de ser la única guía como partido dominante se presentaba como un partido portador de una verdad única y universal».

En junio de 1923 Mussolini definía al partido fascista como «partido dominante», pero el partido fascista no era todavía un verdadero partido dominante porque no tenía la mayoría absoluta en la Cámara de los diputados. En las elecciones de abril de 1924, con el «listón» preparado por el Consejo Nacional del partido, el fascismo obtiene la mayoría absoluta, y en un sistema pluripartidista, se convierten en el «partido dominante» en el parlamento y en el país.

Una vez convertido en el «partido dominante», el partido fascista en cuanto partido nacional, se preparó para transformarse en el «partido único». Esta transición tuvo lugar en el trienio 1923-1926.

La prensa fascista apoyó la transición que permitía continuar la «revolución antiparlamentaria». Siendo Mussolini «dictador del partido», como sostenía la revista, «Crítica fascista», debía, como jefe del gobierno, liquidar a la oposición política de manera que el partido fascista fuese el «partido único» de la nación y del estado italiano.

En el cuadro de las transiciones del partido dominante al partido único es necesario referirse también al caso alemán. En las elecciones de 1928 el Partido obrero alemán nacionalista (NSDAP), obtiene el 2,6% de los vo-

tos. Dos años después, este partido que tenía como «Führer» a Adolfo Hitler, en las elecciones de septiembre de 1930 alcanzó el 18,3% de los votos. En junio de 1932 el presidente de la República, Hindenburg, a causa de la confusa situación política alemana, disuelve el parlamento y convoca nuevas elecciones. En éstas el Partido nacional socialista obtiene el 37,2% de los votos y se transforma en un partido de mayoría relativa. El 3 de enero de 1933, el general Hindenburg nombró a Adolfo Hitler canciller del Reich. Para reforzar su posición el nuevo gobierno convoca elecciones en marzo de 1933, y el partido de Hitler obtiene un porcentaje de votos del 44%. Con el apoyo del partido nacional alemán, Hitler obtiene la mayoría absoluta. El 14 de julio Hitler establecerá por medio de una ley la existencia en Alemania de «un único partido político», el Partido nacional socialista. En agosto de 1933, con la muerte de Hindenburg, Hitler asume también el cargo de presidente, así el jefe del partido único, además de jefe de gobierno, se convierte en jefe del Estado.

En el decenio 1933-1943 se desarrolló en Europa un debate jurídico sobre las relaciones entre Estado y partido único. La antítesis Estado-individuo había dominado la CC. Jurídica del siglo XIX; con la llegada del bolchevismo, del fascismo y del nazismo se inicia el tema de las relaciones entre estado totalitario y partido único. Algunos juristas se plantearon el problema de si debía prevalecer el concepto de Estado o el concepto de Partido. Según los juristas nacional socialistas el Estado debía ser el instrumento del Partido. El Estado era el instrumento jurídico por medio del cual el Partido realizaba sus fines. Según algunos juristas fascistas el Partido no privaba de poder al Estado, pero asumía las funciones de expresar la dirección política y social del Estado. A este propósito me remito a la voz «Partido» del *Dizionario Fascista di Politica* (Roma, 1940).

En la Unión Soviética, según la interpretación de Lenin el partido único se identificaba con la clase obrera y debía transformar al Estado y a la sociedad. Existía el convencimiento común de que en ningún país el partido comunista debía resignarse a los inútiles debates parlamentarios. La transformación del partido comunista «dominante» en partido comunista «único» parecía un asunto inevitable.

El fin de la Segunda Guerra Mundial significó la caída del sistema político de «partido único» en Italia y en Alemania. La Unión Soviética, en los países de la Europa Oriental, ocupados por su ejército, impuso como forma de gobierno las «democracias populares» para distinguirlas de las «democracias parlamentarias de la Europa Occidental. La primavera de 1948 con el «Telón de Acero» divide a Europa en dos campos políticos: el de la Alianza Atlántica y el del Pacto de Varsovia.

La historia de las «democracias populares» está todavía por escribir, pero Moscú permitió la constitución de coaliciones en el gobierno formadas por partidos antifascistas, en el convencimiento de que los partidos comunistas se afianzarían en Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Bulgaria y

Rumanía como «partidos dominantes» y pasarían a un sistema político de «partido único».

Las democracias populares, entendidas como formas de gobierno con un partido dominante podían ser una alternativa política a las democracias parlamentarias occidentales, pero Moscú no aceptó el mantenimiento de un relativo pluralismo. La acción opresiva ejercida por Moscú hizo difícil la vida política de las democracias populares. Según el gobierno de Moscú, los problemas económicos y sociales de los Estados de la Europa oriental únicamente podían ser resueltos tomando como modelo político el sistema monocrático del partido único adoptado por la URSS. El grupo dirigente de la URSS, poco propenso a los cambios de la clase política, prefería tener una relación directa y exclusiva con los dirigentes de un sistema de partido único, porque de esta manera podían imponer más fácilmente el reconocimiento de la preeminencia absoluta del partido de la revolución bolchevique y el reconocimiento de la tutela de la URSS sobre los Estados del bloque comunista. Esta incapacidad de reconocer las exigencias específicas de las democracias populares de la Europa Oriental ha sido una de las razones de la caída del muro de Berlín.